

La Iglesia como mediadora en América Latina

Jeffrey Klaiber, SJ

Profesor de Historia en la Pontificia Universidad Católica del Perú.

En el Perú no es muy conocida la labor que ha desempeñado la Iglesia Católica como mediadora en el resto de América Latina. Esto se debe en parte al hecho de que el Perú no ha experimentado en su historia reciente una dictadura militar como en Argentina o Chile, ni un conflicto armado entre el Estado y un grupo guerrillero de la izquierda «tradicional». Por cierto, este país ha experimentado un conflicto armado interno, pero Sendero Luminoso no se ajustaba a los esquemas de la guerrilla clásica latinoamericana. Aunque el MRTA (Movimiento Revolucionario Túpac Amaru) se ajustaba a esos esquemas, no constituía un problema tan grave como Sendero Luminoso.

Con el fin de resaltar la importancia de la Iglesia Católica como mediadora, sería interesante considerar cuatro casos recientes de dictaduras, de conflictos armados internos, o bien de grandes tensiones sociales: Bolivia, Guatemala, El Salvador y Chile. En cada uno de estos casos la Iglesia ofreció sus buenos oficios como mediadora. En algunos casos se trataba de mediar entre el Gobierno y un grupo guerrillero; en otros se trataba de organizar un diálogo entre los partidos de oposición bajo una dictadura; y, finalmente, con frecuencia, la Iglesia mediaba en conflictos laborales entre sindicatos y el Gobierno. En todos estos casos la Iglesia hizo una contribución importante a la consolidación de la democracia, o bien, al proceso de retor-

nar a la democracia formal y constitucional.

Antes de pasar a los hechos, sería interesante señalar primero cuáles son las condiciones que hacen que sea posible la mediación. En primer lugar, como debe ser evidente, las dos partes tienen que aceptar al mediador. En segundo lugar, el mediador o la mediadora debería ser una persona o una institución que goza del prestigio suficiente para ejercer cierta autoridad moral sobre las dos partes. En este sentido, la Iglesia gozaba de una legitimidad histórica y social que se remonta a la época colonial. Además, al renovarse durante el Concilio Vaticano II, y en las conferencias episcopales de Medellín y Puebla, la Iglesia también cobró una nueva legitimidad ante los ojos de las clases populares y los grupos reformistas de América Latina. Durante la dictadura militar de Brasil, la Iglesia era conocida como «la voz de los que no tienen voz».

En realidad, la Iglesia simbolizaba dos distintos conjuntos de valores: para las élites tradicionales, la Iglesia representaba orden y tradición; pero, al mismo tiempo, la insistencia de la Iglesia postconciliar en la justicia social, los derechos humanos y la libertad, la convirtió en un portavoz de todo el movimiento popular en América Latina, desde México hasta Chile. Por eso, la Iglesia no limitaba su mediación al mero acto de ser un árbitro neutral, sino, positivamente, tomó cartas en el asunto para

facilitar el diálogo y con frecuencia influyó en el mismo diálogo. En la práctica, se trataba de un diálogo entre tres partes: Iglesia, Gobierno y grupo armado (o sindicato o partido político). Ahora, pasemos a los casos.

I. BOLIVIA.

Entre 1968 y 1989 la Iglesia Católica intervino como mediadora en innumerables casos de conflictos entre el Gobierno, la COB (Central Obrera Boliviana) y los partidos políticos. La primera mediación importante ocurrió en 1968 cuando el Presidente René Barrientos, los obispos y representantes de la COB firmaron un convenio tras cuatro meses de negociación. Barrientos, el carismático general que había derrocado a Víctor Paz Estenssoro, gozaba de mucha simpatía entre los campesinos, pero no tanto entre los obreros y mineros. El acuerdo, firmado con la presencia de Barrientos, de representantes de los mineros, del cardenal Clemente Maurer (arzobispo de Sucre), de Jorge Manrique (arzobispo de La Paz), del Nuncio Papal, y de los obispos de Santa Cruz y Corocoro, representó un nuevo consenso social entre el Gobierno y los obreros. Esta escena -el Presidente de la República reunido con obispos y representantes de los mineros- se repitió muchas veces en los siguientes años.

Durante las dictaduras de los generales Hugo Banzer y García Mesa la

Iglesia no intervino como mediadora. Antes bien, se dedicó a la defensa de los derechos humanos, especialmente entre 1980 y 1981, el año de la dictadura de García Mesa. Pero, muy pronto, la sociedad civil buscó a la Iglesia para resolver un *impasse* en las elecciones presidenciales que se realizaron en 1979: ninguno de los tres candidatos principales -Paz Estenssoro, Hernán Siles Zuazo y Hugo Banzer (el ex-presidente de facto)- sacó la mayoría necesaria para ser elegido Presidente. El arzobispo de La Paz, Jorge Manrique organizó un diálogo entre los partidos de los tres candidatos y, como solución al problema, se decidió dejar la elección del nuevo presidente en manos del Congreso, y convocar nuevas elecciones en un año. Walter Guevara Arce fue elegido Presidente Interino durante ese intervalo.

En noviembre de 1979 el coronel Alberto Natusch Busch intentó derrocar al Presidente Guevara. El intento fracasó, pero con un alto costo en vidas humanas: tal vez cerca de quinientas personas murieron en La Paz durante esos días. Otra vez la Iglesia ofreció una salida «decente» de este callejón sin salida: los dos obispos auxiliares de La Paz persuadieron a Natusch a abandonar sus planes golpistas. Él, por su parte, entregó el poder nuevamente al Congreso.

Finalmente, bajo Hernán Siles Zuazo, el país volvió a la democracia civil en 1982. Pero fue un retorno bastante accidentado, con la sombra del golpismo constantemente en el aire. En 1984 la situación se había vuelto insostenible: hubo huelgas en las minas, hiperinflación, y acusaciones de corrupción en el Gobierno. Para colmo, el propio Presidente de la República se declaró en huelga de hambre -una medida dirigida contra la oposición parlamentaria que lo había acusado de aceptar dinero de los narcotraficantes-. El Nuncio y tres obispos visitaron al Presidente y lo persuadieron a abandonar su huelga. Pero, los obispos también pidieron algo más al Presidente: que enfrentara directamente la crisis por la que atravesaba el país. Concretamente se propuso realizar un gran «Diálogo Nacional» con el fin de resolver la crisis.

En noviembre de 1984 se realizó el diálogo, en tres momentos. Primero, los partidos políticos, en la presencia de la

Iglesia, discutieron las bases para un nuevo consenso nacional. En un segundo momento los sindicatos se reunieron con la Iglesia, y finalmente, los empresarios hicieron lo mismo. Como resultado, Siles Zuazo adelantó las elecciones presidenciales para 1985, y más importante, los partidos se comprometieron a hacer una «tregua» al Gobierno. En 1985 Víctor Paz Estenssoro fue elegido Presidente por cuarta vez.

En varias ocasiones, como consecuencia de la masiva reprivatización de la industria minera que se realizó bajo Paz, la Iglesia fue llamada a actuar como mediadora entre los mineros y el Gobierno Central. Finalmente, en 1989, otra vez ocurrió un *impasse* en la contienda electoral para la Presidencia. La Iglesia convocó a los tres candidatos -Hugo Banzer, Jaime Paz Zamora y Gonzalo Sánchez de Lozada- a una cita cumbre. Por su parte, la Iglesia anunció que no le correspondía en absoluto abordar el tema de quién sería el siguiente presidente del país. Más bien, la Iglesia exhortó a los tres candidatos «grandes» y a los partidos menores, a comprometerse a realizar y defender todos juntos un nuevo consenso nacional. Después de hacer ese acuerdo, los políticos hicieron sus alianzas, y en este caso, Banzer apoyó a Paz Zamora para que fuera elegido Presidente.

En realidad, la Iglesia actuó en muchas otras situaciones, inclusive, sirvió como mediadora entre dos candidatos a la alcaldía de La Paz en 1990. La solución en este caso fue salomónica: cada uno aceptó servir la mitad del período establecido. Desde 1989 la situación en Bolivia se ha estabilizado bastante, y la Iglesia no ha vuelto a intervenir como mediadora en ningún otro enfrentamiento social importante.

II. EL SALVADOR.

La guerra civil en El Salvador ocurrió entre 1980 y 1992, y costó la vida de alrededor de 75,000 salvadoreños. Durante ese largo y sangriento conflicto la Iglesia, en la persona de monseñor Arturo Rivera y Damas, el arzobispo de San Salvador, sirvió como la mediadora principal entre el Gobierno y el FMLN (Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional). Sus «credenciales» para mediar eran excelentes: fue amigo del

Presidente y, en general, simpatizaba con el partido de la Democracia Cristiana; pero, también, fue uno de los pocos obispos que apoyaban a Oscar Romero (su antecesor), y por eso, fue aceptable para el FMLN.

En octubre de 1984 el nuevo presidente, José Napoleón Duarte, se reunió con la comandancia del FMLN en el pueblo de La Palma. Rivera y Damas dio inicio con una oración a ésta, la primera conversación entre el Gobierno y la guerrilla. Después de La Palma, hubo otro encuentro en Ayagualo en noviembre del mismo año. Aunque la guerra civil seguía, no obstante, las dos partes ya habían entrado en conversaciones, cada una con su propio plan de paz.

El siguiente acto de mediación de Rivera y Damas ocurrió como resultado de un hecho dramático: una facción de la guerrilla secuestró a la hija del Presidente, Inés Guadalupe de Duarte. En octubre de 1985, acompañado por Ignacio Ellacuría, el rector de la Universidad Centroamericana de los Jesuitas, Rivera y Damas presidió un complicado canje: la guerrilla no sólo entregó a la hija del Presidente, sino también a veinticinco alcaldes que había secuestrado; a cambio de esta entrega, el Gobierno dio un salvoconducto para que 101 combatientes lisiados de la guerrilla salieran del país.

En 1987 otra vez se organizó un encuentro entre el FMLN y el Gobierno, en la misma Nunciatura en El Salvador. En ese mismo año los presidentes de Centroamérica acordaron en una reunión histórica en Esquipulas (Guatemala) trabajar juntos para resolver sus propias crisis internas, y al mismo tiempo, presionar a Estados Unidos y la Unión Soviética a no interferir en sus asuntos internos. En este sentido los gobiernos centroamericanos respaldaron plenamente los gestos de la Iglesia para mediar en sus respectivos conflictos.

En 1988 la Arquidiócesis de San Salvador organizó un gran debate nacional (intelectuales, políticos, representantes de las comunidades indígenas, etc.) para que las «fuerzas vivas» del país expresaran su parecer acerca de los problemas nacionales. En este caso, el Gobierno y la guerrilla no estuvieron presentes. Pero, el objetivo de debate fue justamente permitir que el resto del

país se manifestara y no sea excluido del diálogo. También, fue una manera para presionar al Gobierno y a la guerrilla para que aceleraran sus conversaciones.

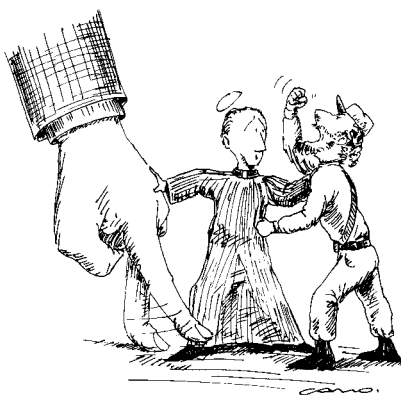
Entre 1989 y 1992 ciertos acontecimientos también influyeron para que las partes en conflicto llegaran a una paz final: el fin de la guerra fría y el fin del mandato del Presidente Reagan, la derrota de los sandinistas en Nicaragua, el asesinato de los seis jesuitas en la Universidad Centroamericana. Este último hecho, que ocurrió en noviembre de 1989, justamente en momentos en que el FMLN tomaba partes importantes de la capital, chocó a la opinión mundial y sirvió para acelerar el proceso de paz. Finalmente, en 1990, la Iglesia entregó la labor de mediación a las Naciones Unidas, pues ya había cumplido su parte de la tarea. En realidad, las Naciones Unidas estaban mejor capacitadas para tocar temas técnicos, tales como la eliminación de ciertos cuerpos policiales, que no eran competencia de la Iglesia. En enero de 1992, en el castillo de Chapultepec, México, con la presencia de varios presidentes centroamericanos, el Presidente Alfredo Cristiani -elegido en 1989- y los comandantes del FMLN, firmaron los últimos acuerdos de paz. Naturalmente, Arturo Rivera y Damas fue uno de los invitados especiales.

III. GUATEMALA.

La guerrilla guatemalteca se remonta a la época de la revolución cubana. La Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) se consolidó en su forma actual en 1982. El dictador militar Efraín Ríos Montt (1982-1983) se hizo tristemente célebre por su política de «fusiles y frijoles» que consistía en cercar la población indígena en «polos de concentración». Como resultado de esa política miles de campesinos murieron. Fue un presidente civil, Vinicio Cerezo, el que inició el primer contacto con la guerrilla. En 1987, en Madrid, se realizó el primer encuentro, en un ambiente informal y sin agenda, entre el Gobierno y la guerrilla. Como resultado de ese encuentro Cerezo creó la Comisión Nacional de Reconciliación, presidida por el obispo de Esquipulas, Rodolfo Quesada Torruño. Desde ese momento en adelante Quesada desempeñó el mismo papel que cumplía Arturo

Rivera y Damas en El Salvador. En 1990, además de ser presidente de la Comisión de Reconciliación, recibió el título de «Conciliador».

En ese mismo año, en Oslo, Noruega, se realizó el primer encuentro formal entre el Gobierno y los comandantes de la URNG. La Comisión Nacional de Reconciliación funcionaba como mediadora. Después de Oslo sucedieron muchas otras reuniones, casi siempre presididas por monseñor Quesada. En 1994 los obispos decidieron colectivamente retirar a la Iglesia de las negociaciones entre el Gobierno y la guerrilla.



Esa decisión fue motivada en parte por cierta frustración que sentían los obispos acerca de la lentitud del proceso. Pero también, habían descubierto otra fórmula para acelerar el proceso de paz. Con el visto bueno tanto del Gobierno como de la URNG, se creó la Asamblea de la Sociedad Civil (ASC). Dicha asamblea reunió a todos los sectores importantes de la sociedad guatemalteca que de alguna manera no se sentían representados ni en el Gobierno ni en la guerrilla. Participaron muchos grupos de derechos humanos, intelectuales, medios de comunicación, y representantes de las comunidades indígenas. El presidente elegido para dirigir la ASC fue el propio Rodolfo Quesada. Al mismo tiempo que el Gobierno y la URNG seguían conversando, esta vez en la presencia de oficiales de las Naciones Unidas, la ASC realiza-

ba sus propias reuniones aparte. Los documentos que produjeron la ASC de hecho influyeron en las conversaciones entre el Gobierno y la URNG, de tal manera que en algunos casos las dos partes sencillamente adoptaron algunos documentos de la ASC sin ningún cambio.

En 1995, sin embargo, se suspendieron las conversaciones entre el Gobierno y la guerrilla. Aparentemente, la mediación de la ONU tampoco fue muy eficaz. En medio de ese *impasse* la Iglesia volvió a reanimar el proceso. Pero esta vez fue un grupo independiente de los obispos: la Comunidad Sant'Egidio, una asociación de laicos católicos que se especializan en resolver conflictos. Otra vez, el Gobierno y la guerrilla volvieron a la mesa para conservar. El proceso guatemalteco sigue todavía sin ninguna resolución, aunque, felizmente, en la práctica la guerrilla ha abandonado el camino armado.

IV. CHILE.

En Chile se presentó otra modalidad de mediación: la Iglesia como mediadora entre partidos políticos de la oposición. En este caso se trata de la oposición al régimen dictatorial del general Pinochet. Durante años el arzobispo de Santiago, Raúl Silva Henríquez, había asumido el papel profético de denunciar las violaciones de los derechos humanos. También, el cardenal Silva fundó la Vicaría de la Solidaridad (1976), una oficina legal dependiente de la Arquidiócesis, para la defensa de los derechos humanos y para investigar casos de personas desaparecidas.

Fue el sucesor de Silva, monseñor Juan Francisco Fresno, el que inició el proceso para organizar a los civiles en un frente común. En 1984 invitó a los dirigentes de once partidos políticos a su residencia en Santiago y los exhortó a unirse y trabajar juntos para el bien del país. Les dio un mandato para elaborar un documento básico que sirviera como la base para un nuevo consenso nacional. Tras varios meses de trabajo los políticos entregaron al Cardenal el documento final, que en adelante fue conocido como el «Acuerdo Nacional».

En la opinión de Patricio Aylwin y otros políticos, el Acuerdo Nacional constituyó el momento decisivo cuando

los civiles recobraron la confianza en sí mismos para enfrentar, de una forma unida y organizada, la dictadura de Pinochet. Los partidos que elaboraron el Acuerdo Nacional fueron los mismos que se presentaron como un frente común en el plebiscito de 1988, convocado por Pinochet, y en que el dictador perdió. Como consecuencia de esa derrota, Pinochet fue obligado a convocar a elecciones presidenciales, libres y multipartidarias, para 1990.

V. CONCLUSIONES.

En este pequeño repaso de la historia política reciente de cuatro países de

América Latina, hemos visto que la Iglesia desempeñó un papel muy activo como mediadora entre las distintas partes en conflicto. Pero no hemos visto todos los casos: por ejemplo, es muy conocida la actuación de monseñor Samuel Ruiz en Chiapas como mediador entre los zapatistas y el Gobierno Central. A manera de conclusión, podemos decir que la mediación que ha ejercido la Iglesia, en realidad, no es normal y no debe ser normal en el futuro. Un país democrático debe poder resolver sus conflictos internos a través de sus propias instituciones -tribunales, cortes, el Parlamento-.

Sin embargo, en América Latina

dichas instituciones todavía son débiles. Por lo tanto, normalmente, la Iglesia ofrecerá sus buenos oficios como mediadora sólo como un gesto de último recurso en situaciones de emergencia. No obstante, mientras existan las condiciones que dieron origen a la violencia reciente, y mientras las instituciones del Estado no inspiren confianza, a América Latina le conviene mantener en reserva la posibilidad de recurrir a instituciones internacionales como las Naciones Unidas, o bien, a otra institución que se encuentra en su propio medio, y que últimamente ha prestado importantes servicios a la consolidación de la democracia: la Iglesia Católica. ¹²